

Contra el fuego

PABLO GARCÍA CASADO

16 de diciembre de 2011

En 1966, un joven François Truffaut dirigió *Fahrenheit 451*, adaptación cinematográfica de la novela homónima de Ray Bradbury. Un relato que narra un hipotético tiempo futuro, en el que los libros estarían prohibidos, y debían ser quemados y sustituidos por pantallas de televisión. Porque una sociedad que aspiraba a ser perfecta debía evitar cualquier referencia al pasado, a que el ser humano pudiera preguntarse por su felicidad, por su deseo, por su lugar en el mundo. “No hacen felices a la gente, y por eso deben ser eliminados”, respondía Guy Montag a una bellísima Clarisse encarnada por Julie Christie. Este panorama implicaba subvertir incluso el valor de las palabras, hasta el punto de que “bombero”, en el relato, era precisamente quien aplicaba el fuego a los libros: aquél que, de alguna manera, apagaba las llamas del deseo y de la memoria. Ese que late en las páginas de Faulkner, Cervantes o Camus.

El adagio facilón nos dice que una imagen vale más que mil palabras. Pero esta afirmación recurrente puede ser leída también en sentido contrario. Porque si digo “bosque” estoy nombrando las penumbras africanas, los fríos noruegos o la oscura multitud de una calle nocturna en el sudeste asiático. O un lugar no escrito. O un no lugar. O un desierto. Porque pantalla y libro, palabra e imagen no se oponen entre sí: se afirman, sirven de mutuo alimento. Muchos nos acercamos al Julio César de Shakespeare gracias a Mankiewicz; nadie como Brando narró ante las masas, que se agolpaban en cientos de salas de cine, el discurso de Marco Antonio. Y qué genial guionista encontró el director norteamericano en el dramaturgo inglés para representar esta metáfora precisa del poder y de la política. Por eso, a pesar de las insidias interesadas de los apocalípticos, la pantalla y el libro han cultivado la amistad y han crecido juntos. Juntos conforman el presente de nuestra memoria. Levantarse cada día para luchar por ellos merece la pena. No siempre es un trabajo grato. Contra la cultura, contra el libro y las películas, siempre hay megáfonos y demagogia, ventajismo de quien nos llama parásitos del sistema. Gente con la boca ancha y la mirada estrecha. Gente que estaría dispuesta a activar, en aras de nuestra seguridad, el pulsador del lanzallamas, y quemar a Proust, a Miller, a Polanski o Von Trier. Gente que parecen honrados vecinos de domingo, pero cuyas actitudes no difieren demasiado

de los talibanes afganos o los secuaces de Terry Jones. Por eso, antes de que la vida nos lleve a exiliarnos en un país de mujeres-libro o de hombres-película, debemos defender este territorio ganado a la ignorancia: porque son un activo contra la sumisión. Por eso debemos estar alerta ante esos discursos incendiarios que prenden fácilmente. Y los libros lo hacen a una temperatura de 451 grados Fahrenheit. Y las películas, incluso menos, a 410.